

DOCUMENTO DEFINITIVO SOBRE SOCIOPOLÍTICA Y ESTRATEGIA SINDICAL APROBADO EN EL IX CONGRESO. (INCLUIDA LA ENMIENDA APROBADA)

1. Referentes básicos e identidad de clase.

En este capítulo vamos a argumentar:

- ? Que el STEM debe mantener una apuesta inequívoca por el sindicalismo de clase y luchar por una sociedad libre e igualitaria.
- ? Que las formas de organización de los trabajadores puede pasar por modelos flexibles y que respeten la autonomía de cada colectivo.
- ? Que la defensa de las condiciones de trabajo de los empleados públicos puede ser una línea de resistencia que frene la degradación del trabajo en otros sectores.
- ? Se cuestiona la participación permanente en plataformas de carácter burocrático.
- ? Se señala que debe haber un seguimiento de las elaboraciones que realizan foros y colectivos de la izquierda social. La actuación institucional de STEM en el campo sociopolítico debe priorizar los campos de actuación más próximos al ámbito de la enseñanza, y ampliarse en la medida de las posibilidades.
- ? Se introduce el debate sobre la creación de redes de solidaridad como forma de encuadrar en nuestra acción a los sectores más marginados.

¿Qué queda del antiguo movimiento obrero en los distintos modelos sindicales del siglo XXI?

Ante todo, una tradición de lucha que hemos heredado y que hay que adaptar a realidades diferentes.

El movimiento sindical había nacido del proletariado industrial, grupo que presentaba una fuerte concentración en barrios urbanos y una marcada tendencia hacia la solidaridad. Ahora, ni el proceso productivo se centraliza en grandes fábricas ni la gran industria es el sector distintivo de los países más desarrollados. Los barrios obreros han variado su fisonomía y ahora son zonas residenciales de alto valor. La ciudad, como entorno, es más lugar de desencuentro que de contacto. Un sector importante de asalariados no tiene conciencia de ser “obrero” sino “clase media”.

En nuestro país y nuestro tiempo, al margen de ocasionales focos de lucha en empresas de sector servicios donde las condiciones laborales se han degradado demasiado, hay una presencia sindical fuerte en las empresas y servicios públicos, entre los obreros cualificados y con empleo estable y, en general, en los sectores donde las relaciones laborales presentan unas mínimas garantías para el empleado. Buena parte de las luchas sindicales a las que asistimos no encajarían ni con la del esquema socialista (el discurso del trabajo: el sujeto de la Historia es el obrero al que extraen plusvalía los patronos) ni con el esquema libertario (el discurso de la pobreza: el sujeto histórico es el paria, el desheredado).

En el campo del sindicalismo de clase encontramos, a menudo, un contraste entre la realidad y su representación: se reproducen las formas del viejo movimiento obrero (su simbología, su

lenguaje, sus métodos de acción, su mítica y rituales), pero no tanto el contenido de la acción sindical.

Ni el hábito hace al monje ni la bandera roja inmuniza contra el desarrollo de empresas de servicios, el corporativismo, el oportunismo o la constitución de lobbies de intereses particulares.

Si somos un *sindicato de clase*, ¿de qué clase estamos hablando?

Partiremos de la premisa de que una gran mayoría de la población se ve obligada a vender su fuerza de trabajo; que esa gran mayoría de población, que se pasa buena parte del día en su puesto de trabajo y hace posible que las cosas funcionen, tiene un nivel de renta muy inferior al de aquellos que, precisamente, no necesitan del “sudor de su frente” para vivir extremadamente bien (los capitalistas, los especuladores, los parásitos); que las relaciones que se establecen entre el que vende su fuerza de trabajo y el que la adquiere no son un contrato en igualdad de condiciones sino una relación de poder y subordinación; que, bajo la igualdad formal de todos los ciudadanos, los mayores empresarios poseen una influencia política y social que les convierten en un elemento de presión formidable de cara a la toma de decisiones.

Este cuadro situaría a las personas que trabajan en la enseñanza dentro del conglomerado, enormemente heterogéneo, de seres excluidos de la élite social y de poder, al que seguiremos llamando “clase trabajadora”.

En el terreno de la percepción que se tiene de la realidad, se tiende a dibujar una brecha entre un pequeño sector inmerso en la marginalidad –los parados, los trabajadores en precario, los mileuristas o la población inmigrante-, y una gran mayoría de asalariados, que poseen un alto tren de consumo. Según esta visión, muy cargada de ideología, los marginados son una disfunción del sistema: la socialdemocracia apostaría por brindarles alguna esperanza para acceder al circuito de producción/consumo, mientras que el pensamiento conservador, que achaca su situación a elementos personales, aplicaría el darwinismo social. Por su parte, el otro gran sector de asalariados participa de una representación del mundo según la cual están satisfechos con su trabajo, pueden invertir en bolsa o a plazo fijo, aspiran a diferenciarse mediante la enseñanza y sanidad privada y, muchas veces, su emulación de las formas de consumo de las clases altas les convierte en asiduos clientes de las entidades de crédito personal ágil.

El neoliberalismo ha llegado a teorizar sobre una sociedad en la que un tercio de población viviría extremadamente bien, otro tercio tendría alta capacidad de consumo si demuestra ser un trabajador *productivo*, y otro tercio quedaría fuera del sistema. En este marco, habría consenso suficiente para mantener el sistema en pie. Efectivamente, esta ideología ha llegado a calar profundamente en algunos países. La revolución conservadora que Margaret Thatcher y Ronald Reagan llevaron a cabo en los años ochenta tuvo su principal apoyo social en una gran masa de asalariados que apostaban por una reducción de los impuestos directos, aun a costa de la destrucción del sector público y de los mecanismos de protección social.

¿Es posible que se haya roto la identidad de intereses y el vínculo de solidaridad entre los trabajadores *acomodados* y los sectores marginados, que durante dos siglos había hecho posible los movimientos de emancipación?

Aunque algunos fenómenos políticos parecerían apuntar en ese sentido (un sector de trabajadores que oscila entre el voto conservador, la *nueva socialdemocracia*, o la *izquierda ilustrada* tipo los Verdes, frente a otro sector que adopta posturas antisistema, a veces de extrema derecha), hay demasiados elementos para considerar que esta representación mental es ficticia: el crédito tiene un peso fundamental en la capacidad de consumo individual y habría que recordar que el verdadero dueño de la casa de muchas familias es el banco; se están eliminando impuestos directos (que se pagan en función de la fortuna personal) para sustituirlos

por impuestos indirectos (el peaje de una autopista es igual para el banquero que para el albañil), mientras que desaparecen servicios gratuitos que constituían una forma de salario social, por lo que la calidad de vida empeora también para los *acomodados*; cualquier oscilación en la economía internacional puede amenazar la apariencia de prosperidad de muchos; una reestructuración de plantillas en una empresa supone, especialmente para los trabajadores de más edad, que bastantes personas van a caer a un pozo del que difícilmente podrán salir. La movilidad social entre el sector que accede al consumo masivo y la pobreza es extremadamente fácil (no tanto en el otro sentido): una hipoteca, un divorcio, un despido, una enfermedad, pueden marcar la diferencia. Los problemas económicos que, con seguridad, van a conllevar los temas medioambientales pueden ocasionar que la capacidad de consumo se tenga que reducir en todos los casos.

En síntesis, aunque debemos contar con la extensión de este pensamiento entre amplios sectores de los trabajadores, nuestra visión de la realidad partirá de que todos tenemos unos intereses comunes.

Nos parece irrenunciable la defensa de servicios públicos y mecanismos de protección social, que deben ser de control, gestión y propiedad pública:

- ? Educación y universidades
- ? Sanidad
- ? Pensiones
- ? Suministro de agua y energía.
- ? Medio ambiente
- ? Bomberos
- ? Seguridad ciudadana (desde local a nacional).
- ? Justicia
- ? Comunicaciones básicas: correo, internet, teléfonos
- ? Transporte colectivo
- ? Biotecnología
- ? Investigación espacial

Consideramos que nuestra aspiración es una sociedad libre e igualitaria, y seguiremos apoyándonos en algunos principios, todavía válidos por muy clásicos que sean:

- ? La organización colectiva.
- ? La solidaridad.
- ? El internacionalismo.

a). **La organización colectiva.** Frente al poderoso, sólo podemos defendernos mediante la unión de muchos, y **esta unión puede articularse de más de una manera.**

En efecto, la debilidad del movimiento sindical en el Estado Español, unida al recelo frente a las organizaciones dominantes, han favorecido las tendencias corporativistas, máxime en el ámbito de los servicios públicos (asociaciones de profesores de un determinado nivel académico y de una determinada asignatura, sindicatos de sanidad de un área concreta, de una especialidad, de un nivel profesional...), que hacen muy sencillo el doble discurso sindical y la impotencia en la reivindicación. En un período en que el referente de clase parece diluirse, puede ser inevitable que el referente asociativo más inmediato sea el gremial. Cuando surgen estos fenómenos, el sindicalismo mayoritario suele procurar manipular los colectivos, absorberlos o destruirlos. En STEM deberíamos observar como modelo propio y diferenciado las experiencias que se han tenido con el colectivo de profesores de hogar y, en un tiempo más reciente, con INDOMA o con asociaciones de profesores de determinadas familias profesionales de FP. Con estos colectivos se ha mantenido diálogo, se ha huido del oportunismo de darles la razón

sistemáticamente y se han sometido propuestas a asambleas generales, abiertas a todo el profesorado. El caso de INDOMA ha supuesto el plasmar la relación en un acuerdo de acción común, donde se hacen explícitos los puntos de coincidencia y los medios y esfuerzos que aporta cada institución. Este modelo puede conjugar el respeto a la autonomía de los colectivos, junto con la posibilidad de incorporar sus reivindicaciones a un marco más general. Si bien hay que estudiar con detenimiento el discurso que plantean algunos movimientos, abrir puertas a la comunicación con círculos de esta naturaleza, llegar a acuerdos y ofrecer la opción de estar presentes en negociaciones dentro de nuestras delegaciones, puede ser una vía para sumar, en lugar de para competir. Fenómenos como el movimiento del sector de privada “Convenio Justo” deben ser estudiados y, en su caso, probar formas de articulación.

b). **La solidaridad.** La idea de que o nos salvamos todos o perdemos todos es una herencia del movimiento obrero clásico muy aprovechable.

Aunque el mito de la huelga general como la lucha final capaz de cambiar el mundo era eso mismo, un mito, aquel intento de unir a los trabajadores de una ciudad, un país, un continente, para desafiar a los poderosos sigue siendo una necesidad, máxime cuando han sido los poderosos quienes han reforzado su coordinación organización y solidaridad internacional.

Desde un sindicato sectorial como el STEM, nuestra práctica cotidiana está dibujando el argumento de que **la defensa de las condiciones de trabajo en la enseñanza pública es algo más que la lucha de un colectivo laboral determinado, sino que se entronca en la resistencia para frenar la degradación de las condiciones en otros sectores laborales.** En efecto, los empleados públicos han sido un referente en lo que se refiere a estabilidad en el empleo y regulación del trabajo: un retroceso en este campo podría ser la antesala de graves derrotas en otros sectores. Este planteamiento lleva aparejado el integrar en nuestro discurso la defensa de los trabajadores –no de los intereses patronales- del sector de la enseñanza privada. Hay que incidir en la idea de que la privatización o la degradación del sector público va a traducirse en una mayor explotación de los trabajadores del sector privado, no en un aumento del empleo en ese sector.

Contamos también con experiencias en cuanto a que las luchas sociales más prometedoras no las están protagonizando en exclusiva los colectivos de asalariados, sino que integran a usuarios, vecinos, trabajadores, estudiantes, etc. Un ejemplo de ello lo tenemos en las movilizaciones que protagonizó el Movimiento Asambleario de Trabajadores de la Sanidad contra las agresiones de la Comunidad de Madrid al hospital de Leganés. También, los trabajadores gaditanos de Delphi han sabido explicar a la sociedad que el cierre de una planta industrial no sólo afecta a sus empleos, sino que arrastra tras de sí a buena parte del tejido económico local.

La vía para levantar un movimiento social que sume a otros ciudadanos diferentes a los asalariados de un sector plantea numerosos interrogantes. En el campo de la enseñanza, la experiencia en Madrid de las Plataformas en Defensa de Escuela Pública presenta más sombras que luces, que se pueden resumir en que estos organismos estables se han convertido en una mesa de partidos y grandes centrales sindicales, agrupando a escasas personas independientes. Su papel se está reduciendo a amplificar consignas de los grandes sindicatos sin, apenas, un margen de autonomía, resaltando sus silencios ante temas como la Ley de la FP, la LOE, la gestión privada de las Escuelas Infantiles... La participación en estas Plataformas ha suscitado debate en el seno de STEM: a la hora de buscar una respuesta, una vez más, parece que la acción práctica ha antecedido a la definición teórica. Nuestra forma de proceder ha consistido en apoyar campañas concretas antes de mantener una relación institucional estable. De aquí podemos extraer **la enseñanza de que la defensa de unos servicios públicos o unos derechos sociales puede entablarse, no tanto desde un organismo burocrático, permanente y de estructura piramidal, sino desde colectivos de base que sea posible crear en un momento y lugar determinado y que, inevitablemente, se evaporarán pasada la coyuntura de la movilización.**

Otra fórmula para articular un movimiento popular que se ha consolidado la constituyen los distintos foros y plataformas de la izquierda social. Ante el eclipse de la izquierda política tradicional en su papel de elaboración de una alternativa social y un modelo teórico, estos organismos están llenando el vacío ideológico y planteando una línea coherente en defensa de derechos sociales y servicios públicos, lo que les convierte en referencia ineludible con la que hay que intercambiar experiencias. No obstante, su modelo organizativo (agrupar a colectivos de bien distinta naturaleza, articularse desde los ámbitos locales a los internacionales, extender el campo de su acción y dispersar su presencia...) puede plantear problemas si se quiere mantener un contacto institucional estable y estar presentes en su actividad, mucho más para una organización pequeña como es el STEM. Como no podemos reducir el sindicalismo a la actividad de los liberados sindicales, un primer objetivo sería imbricar con el sindicato la actividad de aquellas personas afiliadas que ya están participando, a título individual, en las iniciativas que les interesan. Esa presencia puede ser fundamental para que elaboraciones valiosas lleguen al sindicato. También, para que nuestro discurso sindical se abra hacia los ámbitos de participación de cada uno.

Cuando hablamos de la presencia institucional de STEM en el terreno sociopolítico, es conveniente hacer una priorización. Evidentemente, las iniciativas relacionadas con la enseñanza ocupan un primer lugar en nuestra atención; también todo lo que atañe a la defensa de los servicios públicos. En la medida que se crece y se es más fuerte, es posible asumir nuevas responsabilidades (medio ambiente, empleo, acción por la paz, movimientos sociales, juventud). Lo que se ha dicho anteriormente sobre las Plataformas en Defensa de la Escuela Pública puede servir de referencia sobre cómo encarar estas tareas: no se trataría de actuar a imagen y semejanza de las grandes centrales sindicales, capaces de mantener una representación en casi todo, sino de valorar la necesidad y conveniencia de estar presentes según cada caso concreto.

Por último, el sindicalismo mantiene una vieja asignatura pendiente, para la que no se vislumbra ninguna solución sencilla: algunos de los sectores más golpeados por el capitalismo –parados, personas mayores, jóvenes, etc.- están fuera del circuito productivo y, por tanto, con mayores dificultades para la organización colectiva y para desarrollar instrumentos de lucha clásicos, como la huelga. Cualquier labor que se quiera realizar en este terreno parece pasar por las redes de solidaridad. Desde sus centros de trabajo, el profesorado es receptor de numerosos problemas sociales: de canalizarse, el sindicato quizás no sea la institución que pueda solucionarlos, pero sí que se tiene la posibilidad de poner en contacto a personas para que se apoyen mutuamente o brindar la referencia de en qué organismos se encontraría ayuda.

c). El internacionalismo.

El movimiento obrero clásico siempre resaltó la idea de que, frente a los referentes nacionales, religiosos o culturales, debe primar la solidaridad de clase. A veces, se tiene la sensación de ir contra corriente cuando se afirma que en el mundo sólo hay dos naciones, la de los explotadores y la de los explotados, pero los poderosos sí que parecen tener clara esta idea.

El internacionalismo no es un simple ideal de fraternidad mundial, sino una cuestión de supervivencia. Buena parte de las políticas liberalizadoras y desreguladoras que tratan de poner en marcha los gobiernos nacionales son fruto de elaboraciones realizadas en los años 70 y 80 por foros mundiales de empresarios. El contrapeso que pueden suponer los movimientos altermundialistas o las internacionales sindicales es débil y tardío.

En el sector industrial, el fenómeno de la deslocalización ha constituido el arma más formidable en manos de la patronal: por primera vez en la historia, el capitalismo puede contar con una disponibilidad casi ilimitada de mano de obra y con facilidades legales para instalar sus empresas en cualquier parte del mundo, lo que neutraliza buena parte de los instrumentos de

lucha clásicos de la clase trabajadora. La posibilidad de entablar resistencia a la patronal sólo puede pasar por una acción coordinada de trabajadores de diferentes países.

En el terreno de la enseñanza, la situación no es comparable, pero comienzan a apuntar algunos elementos a tener en cuenta: la teleformación, ya sea vía internet, multimedia o televisión, es un fenómeno en auge y que afectará claramente a la Formación Profesional; la generalización de la enseñanza bilingüe incentivará la “importación” de profesorado de otros países. Cualquier intento de poner puertas al mar y cualquier consigna del tipo “los ciudadanos nacionales, primero”, no sólo puede resultar discutible ideológicamente, sino que además es inútil. Desde nuestro sindicalismo, además de continuar defendiendo la enseñanza pública, sólo cabe exigir la regulación de las condiciones laborales de los trabajadores, tanto los que han nacido aquí como los que vienen de otras partes; tanto del sector público como privado; tanto de las enseñanzas regladas como las no regladas (que amenazan con llegar a ser casi todas).

Cuando hablamos de internacionalismo, resulta necesario poner en entredicho algunas ideas y prácticas bastante extendidas:

- ? Internacionalismo no es la asunción acrítica de las políticas de la Unión Europea. La construcción de este proyecto supranacional se está llevando a cabo desde políticas conservadoras y liberales. Las directrices sobre política económica y social, en las que se apoyan los gobiernos nacionales, se caracterizan por socavar conquistas sociales logradas en el continente desde el final de la segunda guerra mundial. Por otra parte, la Unión Europea aún carece de cauces de control democrático y ciudadano, dando una influencia esencial a círculos de tecnócratas. En numerosas ocasiones, la línea de defensa ante tales políticas hay que establecerla en los Estados-Nación.
- ? Cuando, desde los movimientos populares, se habla de oponerse a la *globalización*, puede ser necesario poner el epíteto de *globalización capitalista*. La integración de las economías mundiales no es intrínsecamente perversa, pero sí lo puede resultar cuando se realiza bajo determinadas orientaciones políticas, que conducen a un amplio porcentaje de la población mundial a la miseria. Instituciones como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional concitan la condena más visceral de los sectores progresistas, pero hay que dejar claro que no se está rechazando un ordenamiento de la economía mundial (la carencia de acuerdos generales dejaría la opción de acuerdos bilaterales entre países, lo que puede ser aún peor para los más débiles), sino este orden basado en el liberalismo salvaje.
- ? Internacionalismo no es apoyar el nacionalismo español: propugnamos el máximo respeto hacia el idioma y la autonomía a la hora de determinar sus políticas de los territorios que conforman nuestro Estado. No obstante, somos críticos con la práctica de utilizar la descentralización como vía para desregular y degradar los servicios públicos.
- ? Hay que tener cuidado en distinguir lo que es *multiculturalidad* e *interculturalidad*. La integración de personas de diverso origen y creencias particulares no equivale a borrar sus señas de identidad sino que consiste, más bien, en que se asuman unos valores públicos comunes, que deberían ser los democráticos. En alguna ocasión, ha saltado la noticia de que algunos centros docentes han suprimido las celebraciones de Navidad –posiblemente, la festividad más pagana que tenemos- para no herir a los ciudadanos de creencias musulmanas: por esa regla de tres, debería ser destruido cualquier calendario del Real Madrid o referencia a estilos musicales que hubiese en los centros. Cada ciudadano puede participar de las costumbres y rituales que prefiera, y ese substrato cultural es parte de la realidad que se enseña en los centros.
- ? En consonancia con lo de antes, no se puede admitir que haya símbolos religiosos en los despachos de los equipos directivos ni que el alumnado acuda a las clases con velos u otros elementos característicos de una identidad religiosa, ya que, en estos casos, hablamos de un ámbito público.

- ? También en consonancia con lo anterior, nos oponemos a políticas de reparto de alumnado inmigrante: no se puede presuponer una conducta determinada en función de un origen ni restringir derechos ciudadanos por motivos étnicos, religiosos o culturales.
- ? La sociedad que queremos es una sociedad laica, ya que es la que proporciona un marco de tolerancia que hace posible la democracia y la convivencia de personas con distintas creencias. Propugnamos un total respeto a las creencias particulares de cada uno y se defiende el derecho a que el individuo pueda vivir de acuerdo con ellas en su ámbito particular y practicar sus rituales fuera de los ámbitos públicos.
- ? La coexistencia de una sociedad laica con determinadas religiones que sólo aceptan una verdad revelada plantea numerosos conflictos. Cuando hablamos del catolicismo, tenemos ya una larga experiencia de diálogo con aquellos sectores de base que coinciden plenamente con las ideas de tolerancia y democracia. Si nos referimos al Islam, los términos del diálogo se vuelven más complicados. Deberíamos evitar identificar Islam con determinadas estructuras sociales y culturales, so pena de incurrir en prejuicios: en los países de África Oriental se practica la ablación del clítoris femenino no tanto por islámicos como por nilóticos; la mujer de muchos países musulmanes está reducida a una situación de subordinación inaceptable para nuestras sociedades, pero que no deja de ser la misma que encontramos en estados con creencias mayoritarias hinduístas o confucianas. Como es natural, los ciudadanos con creencias musulmanas que residen en nuestro Estado deben acatar el ordenamiento legal que se ha establecido democráticamente. Y también, lógicamente, nuestra mayor solidaridad con aquellas personas que, en los países musulmanes, luchan por lograr mayores cotas de libertad y derechos para los individuos.

d) Algunas incógnitas que no tienen solución por el momento.

Fenómenos que ya hemos enumerado (pérdida de referentes de clase, deslocalización, globalización capitalista, corporativismo) son suficientes como para explicar que los términos de la lucha de clases se han tornado muy desfavorables. Seguimos utilizando instrumentos de lucha que, en último término, hacen un daño muy menguado al enemigo: manifestaciones que, cada vez más, son una liturgia a la que sólo acuden los activistas profesionales, los paros reducidos a una jornada -cuando no a unas horas-, la recogida de firmas...

En numerosas ocasiones, cuando se realizan asambleas, surge la demanda de que se utilicen métodos de lucha *más imaginativos*. La triste realidad es que casi todo está inventado ya. Dentro de lo *Imaginativo* estarían las distintas modalidades de huelga que ya existen: *huelga a la japonesa, huelga de celo, huelga rotativa...* Recurrir a ellas puede suponer que nos libremos del descuento de haberes, pero su eficacia en términos reales es, sustancialmente, la misma.

Un aspecto muy fascinante es el hecho de que cualquier acción suele tener una finalidad *mediática*. Pancartas, concentraciones, ruedas de prensa, están orientadas a que se vean en televisión. Salir en los medios es interesante. Se puede convencer a más gente, se puede transmitir una presencia y dar una sensación de fuerza, se puede conformar opinión pública y, en último extremo, actuar sobre la realidad si los votantes rechazan la gestión de quienes han tenido que tomar decisiones al respecto. El problema es que no sale en los medios quien quiere sino quien puede.

El primer obstáculo para poder existir, para poder tener un rincón en la imagen mediática, es que las grandes corporaciones de prensa y televisión suelen tener una orientación ideológica conservadora: cuando se refieren a los movimientos populares es para hablar mal de ellos o para utilizarlos como instrumento arrojadizo. Incluso las corporaciones que mantienen una alianza táctica con la socialdemocracia, como es el caso del grupo PRISA, sólo dan cabida a movimientos sociales muy determinados (en el caso del sindicalismo, no existe nada fuera de CCOO).

Si nos referimos a circuitos informativos alternativos (Diagonal, contrainformación en la Red), tenemos el problema de que su difusión es muy minoritaria y que su referente sigue siendo también la corriente sindical que representa CCOO. En la medida que podamos, habrá que trabajar este campo.

Tal como está la situación, nos vemos limitados a enviar –y animar a los colectivos de profesores a que hagan lo propio- cartas de denuncia a la prensa, especialmente la gratuita, o participar en los foros de internet. Ante cuestiones concretas (por ejemplo, el laicismo en la escuela), cabe ponerse en contacto con personalidades de la cultura para que sean portavoces públicos de las posiciones progresistas (tranquilos: no se está pensando en la Baronesa). El campo de la televisión está mucho más vedado: estamos a expensas de que las cadenas tengan a bien citarnos para algún espacio de debate (su demanda es casi siempre la misma: llevar personas que ejemplifiquen la degradación de la enseñanza pública). Por lo demás, si queremos tomar la iniciativa de lanzar nosotros algún tema, apenas nos quedaría el recurso de dirigirnos a los *outsiders* (Caiga quien Caiga, Gran Wyoming...).

Cuando se habla de *acciones imaginativas*, muchas personas tienen en mente lo que ha realizado con gran éxito Greenpeace: una serie de actuaciones espectaculares y vistosas que se planifican con vistas a la televisión. Desarrollar acciones de ese tipo conlleva convertirse en un grupo profesionalizado de especialistas, en el sentido más cinematográfico del término (Greenpeace cuenta con escaladores, submarinistas, navegantes con barco, etc.) STEM, ni cuenta en sus filas con esos perfiles profesionales, ni tiene dinero para contratarlos y, además, su estilo de trabajo está más en consonancia con la acción de *masas*. Lo más que podemos aspirar es a aparecer con una pancarta en las inauguraciones pre-electorales; si, en algún momento, contamos con gente de Enseñanzas Artísticas que pudiera proporcionarnos algún nuevo elemento de originalidad, mejor (el ninot de Ruíz Vampirón que ha presidido la campaña de las municipales madrileñas no ha logrado cambiar el sentido del voto, pero era muy divertido)

2. La política y las ideas.

En este capítulo vamos a argumentar que:

- ? Nuestra acción va a tener que desarrollarse en medio de una hegemonía del pensamiento conservador.
- ? Desde finales de los noventa, la coyuntura económica ha sido de crecimiento. Algunos análisis siguen apuntando a un cambio de ciclo, que tendría profundas consecuencias sociales.
- ? La situación internacional tiene su foco más candente en Oriente Medio, y eso nos puede afectar aún más (ya hemos sufrido un 11-M). El esquema de *choque de civilizaciones* no era sino una hipótesis teórica, pero la actuación de determinados poderes parece estar empeñada en hacerla realidad.
- ? La Administración del Partido Popular en la Comunidad de Madrid sale muy reforzada de las elecciones autonómicas, mientras que una parte importante de la

La globalización capitalista y todo lo que puede acarrear no se ha extendido tanto como se había imaginado, no tanto por una oposición activa de las fuerzas de la izquierda como por una conjunción de rivalidades entre intereses de Estado (Estados Unidos es el primero que no acepta el libre comercio internacional para todos), por la irrupción con tremenda fuerza en la escena internacional de China e India como potencias económicas, e incluso la aparición de actores

políticos que no encajan en la antigua tradición obrerista (los gobiernos de Venezuela, Ecuador o Bolivia, más bien herederos de los gobiernos nacionalistas y reformistas de comienzos del siglo XX). Recordaremos también que los referendos negativos de Francia y Holanda a la Constitución Europea son la expresión de un conglomerado de proyectos y descontentos tremendamente heterogéneo.

La hegemonía ideológica de la derecha es, ahora, incontestable. El principal problema no estriba en que los liberales estén convencidos de que la capacidad creadora de los individuos, si no se le ponen trabas, generaría riqueza y bienestar (léase: privatizar el sector público, desregular las condiciones de trabajo, reducir la fiscalidad progresiva y llevar a cabo políticas monetaristas, estableciendo controles restrictivos del crédito); el problema es que el discurso de la izquierda política no se diferencia demasiado de aquel. El actual juego de alternancia política pasa por que unas y otras fuerzas tengan contenta a la patronal –no vayan a llevar las inversiones a otra parte–, a los analistas económicos y a los medios de comunicación. No sólo se interpreta la economía como una galaxia totalmente aislada de los factores sociales y de la lucha de clases: es que, como dijo el Sr. González, lo importante es que el gato cace ratones, no su color.

La izquierda política ha aparcado su ideal igualitario y ha dejado de creer en la viabilidad de muchas políticas de redistribución de la riqueza. La ausencia de propuestas políticas diferenciadas se traduce también en la ausencia de acción: si la derecha está movilizándose incansablemente a sus filas y la izquierda se muestra pasiva, es normal que las mentalidades vayan oscilando en un sentido muy determinado. En nuestro ámbito, recordaremos que las patronales, la Iglesia y el PP lograron introducir en la LOE un buen número de sus postulados. Desde la izquierda, los únicos intentos de movilización partieron de los STEs: cincuenta manifestantes frente a un millón. Actualmente, muchas personas todavía consideran que la LOE es una ley progresista.

Este marco es muy adverso para mantener viva una conciencia de clase, para actuar según unos principios de solidaridad y defender unos servicios públicos al servicio de los intereses de una mayoría de la sociedad. Nuestra acción, necesariamente, tenderá a ir contracorriente del pensamiento único: dado que el discurso dominante identifica las posiciones *razonables*, la *prosperidad* y el *interés general* con lo que significa beneficio para unos intereses determinados, tendremos que tener una cierta capacidad pedagógica si queremos sumar voluntades para construir otro mundo.

La coyuntura económica ha sido muy favorable desde los finales de los noventa, y ello ha permitido que, a la hora de la verdad, en la confección de los presupuestos generales del Estado, la gestión de los gabinetes del PP y del PSOE no haya tenido contrastes abismales (la gestión de uno y otro gobierno sí se ha diferenciado en el *tempo* que se quería imprimir a los procesos de privatización, mucho más agresivo en el caso de los gobiernos conservadores). Desde hace tiempo, algunos expertos advierten de los riesgos de interrupción del crecimiento bruto que está registrando la economía española. Sus augurios, hasta el momento, no se han cumplido, pero no deja de ser cierto que buena parte de los resultados se asientan sobre fenómenos especulativos y que este ciclo, cimentado sobre bases muy ficticias, es muy frágil. Cualquier cambio en esto terreno, iba a tener una traducción inmediata: dado que ya no queda sector público para privatizar y que ni PSOE ni PP van a alterar la política fiscal, eso significaría un recorte del gasto social y una degradación de los servicios públicos, el golpe de gracia que le faltaba a la escuela pública.

Sobre el entramado de la globalización capitalista están planeando varias amenazas: el agotamiento de los combustibles fósiles y los problemas ambientales (cambio climático, escasez de agua, crisis alimentaria, deforestación). Existen evidencias de que esos fenómenos nos están alcanzando, y sólo nos queda por saber cuándo eclosionarán. No podemos prever qué clase de problemas económicos y fracturas sociales ocasionarán, pero es seguro que los actuales modelos basados en el consumo masivo pueden quedar agotados. Desde la izquierda social habrá que

insistir en el discurso de redistribución de la riqueza, atendiendo también a la dimensión mundial de ello.

Otro elemento conflictivo en la situación del planeta es la crisis permanente de Oriente Medio. El hecho de que algunos de los movimientos anticoloniales presenten un componente de identidad religiosa convierte a nuestro territorio en línea del frente, como se pudo comprobar el 11 M. Además, las potencias locales cuentan con armamento nuclear. Y, por último, el escenario de Oriente Medio concentra la mayor parte de las reservas petrolíferas. EEUU está embarcado en una guerra interminable en territorio afgano e iraquí, que se resiste a perder pero que tiene imposible ganar: la situación amenaza con extenderse a otras naciones (Irán, Siria, Líbano). Como poco, el gasto en el conflicto va a acarrear problemas económicos a EEUU y quién sabe sí a más estados. Por añadidura, si se termina convirtiendo en realidad la hipótesis del *choque de civilizaciones* –como parecen estar empeñadas en lograr algunas potencias-, una consecuencia previsible sería el auge de los reflejos xenófobos y ultramontanos en nuestra sociedad, quebrando aun más los referentes de clase.

En un encuadre mucho más cercano, Madrid es el tubo de ensayo en el que se cuecen bastante de los fenómenos políticos que afectan más tarde al resto del Estado. Un fuerte crecimiento del Producto Interior Bruto, una importante inversión en infraestructuras y un afianzamiento del pensamiento conservador en amplios sectores de la población ha convertido a este territorio en uno de los bastiones fundamentales de la derecha política y social. Por otra parte, en Madrid se hacen sentir también los costes del sistema: elevado índice de precios y altísimo endeudamiento familiar, amplias bolsas de pobreza, escándalos por corrupción, trabajo marcado por la temporalidad, etc.

Esperanza Aguirre y Ruíz Gallardón han consolidado sus parcelas de poder y se puede contar con que, en esta legislatura, traten de profundizar sus políticas privatizadoras. Hasta el momento, los ataques contra la sanidad y enseñanza pública han sido especialmente intensos en nuestra comunidad. No se puede dejar de atender al hecho de que las miras políticas de la presidenta regional son mucho más altas y que intenta ser el escaparate de una derecha *liberal*: esa misma derecha es la que ocupa ahora la presidencia en Francia, lo que proporciona un referente a nuestros mandatarios. Los procesos sociales que se vivan en el país vecino van a merecer una atención especial por todo lo que nos pueden afectar.

Por otra parte, la Comunidad de Madrid ha sido el lugar donde más se ha hecho sentir la crispación mediática y la polarización política que ha vivido el país durante los últimos años. Las movilizaciones contra la guerra de Irak o por el desastre del Prestige fueron un fenómeno efímero, si bien marcaron el despertar político para un sector joven. Después del acceso del PSOE al gobierno, fue el turno de la derecha. En todos los casos, las batallas partidistas se han superpuesto a estos movimientos sociales.

STEM debe colaborar en la construcción de una corriente de resistencia contra las políticas sociales que nos intentarán imponer. Inevitablemente, en este contexto habrá que buscar el acercamiento a las corrientes sindicales posicionadas a la izquierda. Dado que la lucha por defender un modelo social alternativo al liberalismo es un proceso largo, hay que hacer hincapié en fortalecer el tejido social y asociativo, incorporando a las nuevas generaciones cuyos referentes ya no se sitúan ni en el franquismo ni en la transición política.

3. Modelos sindicales gastados; modelos sindicales alternativos.

La situación descrita parecería presagiar un cuadro muy dinámico de luchas sociales. El capitalismo está reformulando las relaciones laborales en perjuicio del trabajo; se están desmontando mecanismos de protección social; la derecha liberal adopta, progresivamente, elementos del discurso reaccionario: a pesar de la multitud de elementos que juegan en contra, sería de esperar que surgieran movimientos de contestación con una relativa potencia.

La realidad con que nos encontramos es bien distinta. Al margen de declaraciones retóricas, impera un paisaje de paz social, de resignación y de inactividad. La movilización, cuando se produce, se ve seguida de un proceso de negociación vergonzante en el que sólo consiguen beneficios las grandes centrales sindicales, dejando un regusto de derrota y de frustración.

El sindicalismo que se implantó en España tras la transición democrática era muy débil: no sólo en lo que respecta a la afiliación, sino que estaba lastrado, además, por los compromisos políticos y cesiones que asumió. Las grandes centrales se decantaron por un modelo de sindicalismo de servicios que no podía mantenerse por sus propios medios, lo que les hizo demasiado dependientes del dinero y las ayudas públicas.

Las huelgas del curso 1987/88 marcaron el final del sindicalismo reivindicativo en el sector de la enseñanza. Desde entonces, la maquinaria sindical ha acentuado su carácter de administración paralela, asesoría jurídica y red clientelar. Las asambleas han dejado de ser un foro de debate y toma de decisiones, reduciéndose al papel de mítines mitad información, mitad liturgia. Hasta la eclosión de las Juntas de Portavoces, ha sido frecuente que los sindicatos hablasen más con los directores que con el profesorado de a pie.

Agrava todo el marco normativo que convierte a los sindicatos en empresas en competencia por el mercado de la afiliación y el voto. Esta competencia acentúa la necesidad de mejorar la oferta de servicios y por extender la presencia en centros con más y más liberados. Aunque esta competencia podría significar mayor pluralidad y un debate más rico, no responde a la demanda del trabajador, que espera logros y mejoras. Sólo cuando las entidades sindicales han sido capaces de hacer llamamientos unitarios, la respuesta de la movilización ha sido significativa.

De esta forma, la maquinaria sindical se ha convertido en uno de los grandes obstáculos, más que en un acicate, para que se desarrolle el debate y la acción reivindicativa.

¿Puede haber algún camino para recuperar el sindicalismo reivindicativo? Cualquier intento debería pasar por:

- Una información veraz y exhaustiva al trabajador. La información, la crítica y la agitación no debe quedarse en lo teórico.
- Denunciar ante el profesorado, los medios y la opinión pública.
- Tratar de plasmar la denuncia en acción. Más vale una movilización buena que cien débiles.
- No perder los cauces de diálogo con la administración. Cuando no se puede hacer la guerra, nos queda la diplomacia.
- La paz social tiene un precio. No firmar cualquier cosa sólo por el hecho de salir en la foto. No firmar cuando los beneficios son para el sindicato, no para el trabajador. No firmar si no supone la conquista de mejoras palpables.

El gran dilema estratégico que se plantea es el de qué se puede hacer cuando se está en una posición de debilidad. El sindicalismo mayoritario ha apostado por presentar como triunfo la claudicación, lo cual desmoraliza aun más a las bases y debilita la propia posición. El fortalecimiento de quien se presta a este juego es mucho más aparente que real. Los beneficios obtenidos, ya sea en forma de dinero o de liberados, deben utilizarse para poner en marcha campañas publicitarias de lavado de cara. La administración y las patronales, que conocen esta situación, pueden mantener posturas más arrogantes y limitarse a entregar unas migajas en

materia de formación continua. La posibilidad de que arranque una lucha consecuente se hace cada vez más lejana, mientras que el desprestigio del sindicalismo se agranda (y se refleja en las cifras de participación en las elecciones sindicales).

Desde una posición no mayoritaria, como es la de STEM, la posibilidad de no firmar un acuerdo autonómico lleva aparejada la necesidad de responder con algún tipo de acción. Dado que la tónica general es la de que los sindicatos de la Mesa Sectorial firmen lo que sea, la acción debe encararse en una posición de relativo aislamiento.

La situación aconseja evitar los asaltos frontales. Puede no firmarse un acuerdo (porque mantiene la gestión privada de las escuelas infantiles, por ejemplo) sin que eso signifique tener que organizar una concentración contra los que han gestado semejante trato. Con los mismos que han firmado, se puede participar en movilizaciones contra la política de privatizaciones y usar las asambleas como amplificador de nuestra crítica.

Normalmente, la primera respuesta a emprender es la crítica, ya sea en medios escritos, ya sea en asambleas. La segunda respuesta, poco eficaz en términos administrativos pero muy popular para generar un caldo de cultivo para la movilización e implicación del profesorado, son las hojas de firmas, envío de instancias o pronunciamientos de los claustros.

Una de las prácticas a evitar es la reiteración de concentraciones testimoniales o manifestaciones de delegados. No son sino una faceta más de los lavados de la propia imagen, y transmiten debilidad ante todo. No hay movilización imposible: lo que ocurre es que organizar algo serio conlleva tiempo, explicaciones, llamadas reiteradas, trabajo con los medios, asambleas, implicación de la afiliación...

Al igual que hacen algunas grandes centrales, a lo sumo se puede organizar algo presentable una vez al curso, dos a lo sumo.

Sin aspirar a vuelcos espectaculares del panorama sindical, una línea de coherencia y de honradez no sólo puede convertir a STEM en un referente para los descontentos, sino ser el último asidero que evite la extinción del sindicalismo.